

1



EL HIJO DE HANS

Aun en su avanzada edad, Margaret Lutero (madre del reformador) pudo decirle a Melancton la hora exacta (once de la noche) y el día en que nació su primer hijo, ¡pero no recordaba el año! Esa es la diferencia entre el interés de una madre y el de un biógrafo. El año fue 1483 y el lugar el pequeño pueblo de Eisleben en Sajonia-Anhalt. Aquella casa que alguna vez estuvo parcialmente quemada, fue restaurada en 1817 y lleva la siguiente inscripción:

‘En esta casa nació el Dr. Martín Lutero, el 10 de noviembre de 1483.

*Christi Wort ist Luthers Lehr
Drum verghet sie nimmermehr’.*

(La creencia de Lutero es la palabra de Cristo que permanece para siempre).

Al siguiente día fue bautizado en la Iglesia de San Pedro y se le dio el nombre del santo cuyo festival se celebraba ese día.

Seis meses después, Hans Lutero (padre de Martín) llevó a su familia a Mansfeld, un pequeño pueblo que se encontraba a unos diez kilómetros de distancia, para buscar trabajo. Él venía de una familia campesina y, a juzgar por

algunas referencias posteriores que hizo a su trasfondo, siempre retuvo muchas de las actitudes características del medio rural. Su intención era buscar trabajo en las minas de plata y cobre de Mansfeld, así que el joven Martín creció entre la comunidad minera. Ahí vivieron al principio, siendo muy pobres.

Hans y Margaret Lutero tuvieron muchas dificultades para proveer para su familia de siete hijos, de los cuales al menos cuatro eran varones. Años más tarde Martín escribió: "Mi padre era un minero pobre y mi madre a menudo cargaba la leña en su espalda; trabajaban día y noche para mantenernos". El padre era inteligente y trabajador y pronto se hizo próspero al adquirir dos pequeñas fundidoras y convertirse en concejal del pueblo.

Fue un hombre que definitivamente era el amo de su casa, pues era de carácter difícil y un tanto duro e inflexible. La disciplina fue muy estricta en el hogar; los Lutero no tenían intenciones de echar a perder a sus hijos, así que hicieron buen uso de la vara. Además, Hans era un padre ambicioso, en especial en lo que se refería a su primogénito, pues las capacidades excepcionales de éste se hicieron notar muy pronto. Si la educación era el camino para que Martín avanzara, entonces su padre tendría que sacar dinero de donde fuera para procurar la mejor educación para su hijo mayor. Como muchos padres, él estuvo dispuesto a hacer los sacrificios necesarios con tal de que su hijo tuviera lo que él no tuvo. Quizá la pobreza que experimentaron se debió a la necesidad de ahorrar lo más posible para la educación de sus hijos.

Hans era un hombre de estatura baja, grueso y de constitución fuerte. El retrato de Cranach de 1527 lo muestra lleno de vida y carácter, con un rostro fuerte y tosco; es el

rostro de un hombre que ha luchado por abrirse paso en la vida. Los pómulos se ven levantados y sus ojos denotan inteligencia y claridad de visión; su boca y mentón se ven determinados. Las manos endurecidas de trabajo se ven listas para continuar con sus labores.

En contraste, el cuadro de su esposa sugiere que era una mujer calmada y resignada. Su rostro era delgado y huesudo; los ojos reflejan una mirada perdida en la distancia. La boca paciente y sus manos endurecidas por el trabajo, en posición de reposo, dan la impresión de pasividad. Su ánimo se ve pensativo, casi sombrío. Uno no se sorprende al saber que ella era más supersticiosa que su marido. Martín comentó que ella atribuía la muerte de varios de sus hijos a la brujería de una vecina ("lloraron hasta la muerte", según las palabras de Margaret). No se sabe mucho acerca de su historia aparte de que fue la hija de un próspero comerciante de Neustadt, un pueblo que estaba cerca de Eisenach. Melancton la conoció en su edad avanzada y tenía buena opinión de ella, pues la describió como una mujer de oración.

Según el mismo Martín, su infancia fue infeliz. La pobreza profunda en que vivieron tuvo su efecto sobre ellos; sin embargo, lo que más quemaba su alma era la disciplina severa, especialmente de parte de su padre. Aun así, se estableció un fuerte lazo entre los dos. En una ocasión, después de haber sido golpeado duramente, Martín sintió mucho resentimiento, al punto que su padre tuvo que esforzarse para ganar nuevamente la confianza del muchacho. El intransigente y hosco Hans tuvo que hacer un esfuerzo para sanar la herida y el joven Martín lo notó y lo recordó por siempre. También recordaba cómo su padre se arrodillaba al lado de su cama en las noches para pedir que Dios bendijera a su pequeño hijo.

Su madre no fue tan dura, aunque también era muy estricta. El reformador relató que en una ocasión le dio una tremenda paliza por haberse robado una avellana; incluso hizo que su hijo sangrara. Aun así, no debemos sacar conclusiones de ese evento. Quizá los golpes fueron consecuencias de algún incidente que el joven sinvergüenza pronto olvidó mientras todavía masticaba esa única "nuez". El hecho de que recordara la ocasión puede indicar que fue algo excepcional. Su madre debe haber estado bajo gran presión con tan numerosa familia, falta de dinero, bebés enfermos y su propio mal estado de salud.

Al menos Martín tuvo el consuelo de saber que la intención de su mamá fue buena; él escribió al respecto: "Con sinceridad pensaban [sus padres] que estaban haciendo lo correcto, pero no tomaban en cuenta las diferencias de personalidades. Esto es necesario para que uno sepa cuándo, dónde y cómo infligir el castigo. Es necesario disciplinar, pero se debe colocar una manzana al lado de la vara". Además, tales métodos disciplinarios eran comunes en esa época, lo cual al menos significaba que no era raro; es decir, todos sus amigos eran compañeros del mismo barco. Para añadir a sus temores, él siempre pensaba que estaba rodeado de incontables demonios, brujos, duendes y cosas semejantes que eran comunes en la *imaginación espiritual* de la época; éstos lo miraban con malicia desde los edificios, paredes y grabados de madera. ¿Qué efecto habrá tenido sobre él la muerte de sus pequeños hermanos y hermanas? El resultado es que creció siendo un niño tímido y temeroso con una conciencia escrupulosa y exigente.

No obstante, también debe haberse divertido al tener tantos hermanos y hermanas en casa. Él solía recordar a su madre cuando le cantaba y de ahí adquirió su amplio repertorio de canciones populares. Los recuerdos de su mamá recogiendo

madera en el bosque también contienen momentos de placer. Ese era uno de los pasatiempos de la gente del pueblo y podemos imaginar que salir a buscar la madera era un evento que se hacía con el propósito de socializar.

Hans planeaba grandes cosas para su primogénito, por lo que lo mandó a la escuela desde temprana edad. Ésta se encontraba bastante lejos para que un pequeño caminara tanta distancia, motivo por el cual a veces lo tenían que cargar parte del camino. Años más tarde, Martín escribió en la Biblia de su cuñado: "A mi viejo amigo Nicolás Emler, quien en varias ocasiones tuvo que cargarme en sus brazos para que llegara a la escuela cuando era pequeño, sin que sospecháramos que llegaríamos a ser cuñados".

En dicha escuela él aprendió latín y matemáticas, pero además aprendió el catecismo, los 10 mandamientos, el credo y el Padre Nuestro. Él escribió: "Mi instrucción religiosa fue impartida con la misma dureza que la secular; me aterraba y me ponía pálido tan solo al escuchar el nombre de Cristo. Lo consideraba un juez estricto y airado. La cuota semanal de castigo la recibía el último día, así que los viernes por la mañana recibía quince latigazos!".

Cuando contaba con catorce años, lo cambiaron a la escuela franciscana de Magdeburg, donde permaneció durante un año. De ese tiempo sobresalen un par de recuerdos llamativos.

La Navidad se acercaba y Martín salió a cantar villancicos con sus amigos de puerta en puerta. Cuando estaban cantando frente a una granja solitaria y lejana al final del pueblo, el granjero salió corriendo y gritando con brusquedad: "¿Dónde están niños?". Ellos salieron corriendo aterrados. ¡El granjero los persiguió hasta que todos regresaron a su

casa para recibir unas deliciosas salchichas que él había preparado para ellos! En ese lugar Lutero vio algo que jamás olvidaría, al Príncipe William de Anhalt deambulando por las calles demacrado y mendigando. “Lo vi con mis propios ojos, tenía 14 años en ese entonces; él iba por las calles con capucha y un costal a sus espaldas como si fuera un burro. Estaba muy debilitado por ayunar, hacer vigilia y vivir en auto-negación; parecía la imagen misma de la muerte. No era más que huesos y piel y al poco tiempo murió. Nadie podía verlo sin sentirse avergonzado de su propia vida”.

Lutero sabía por qué el Príncipe William de Anhalt le había dado la espalda a su vida de comodidad y lujos. Aquel hombre creía que el monasticismo era el camino para llegar al cielo. Él pensaba que en el Juicio Final iba a recibir su recompensa; es decir, un trato preferencial en virtud de su negación. Esto le permitiría ser más favorecido que el resto de la multitud de pecadores.

La otra historia que Martín recordaba de su tiempo en Magdeburg, estaba relacionada con una escultura que se encontraba en uno de los altares de las muchas iglesias del lugar. Estas obras se hacían con el propósito de representar en forma gráfica las enseñanzas de la iglesia romana. Se trataba de un enorme barco en el cual, en palabras de Lutero, “no había laicos, ni un rey, ni un príncipe. Solo en la proa, junto con el Espíritu Santo revoloteando sobre ellos, estaba el Papa, los cardenales y los obispos. Al lado del barco se veía a los sacerdotes y los monjes tomando los remos. Así iban navegando hacia el cielo. Los laicos estaban nadando en el agua alrededor del barco; algunos de ellos se estaban ahogando, otros se aferraban a las cuerdas que los monjes les lanzaban (quienes por misericordia hacían con ellos sus propias buenas obras) y esperaban que de esa manera permanecieran asidos al

barco y llegaran al cielo junto con los demás. No había un cardenal, obispo, monje o sacerdote en el agua, ¡eran solamente los laicos!”.

Cuando aún son muy pequeños, los niños inteligentes comienzan a cuestionar los temas fundamentales de la vida y la muerte, y Martín no fue la excepción. Él vivió en una sociedad en la que había, por todos lados, recordatorios de la muerte (y especialmente de lo que les esperaba a las personas después de la muerte). Toda la *trama* de la iglesia estaba diseñada para enfrentar la inevitabilidad de la muerte. Esto era algo trágico, debido a que el catolicismo romano no proveía un mensaje de esperanza; todo giraba en torno a la obediencia externa de las reglas, el cumplimiento de los ayunos, las penitencias, los peregrinajes, las procesiones, la contemplación de reliquias y cosas semejantes. Un sistema totalmente basado en las obras.

Tal vez eso estaba bien para quienes no pensaban mucho en el tema, pero Martín sí pensaba en ello; él era sensible y su inquieta e impresionable conciencia siempre le hizo sentir que nunca podría satisfacer las condiciones requeridas por la iglesia.

La siguiente escuela a la que Martín asistió estaba en Eisenach, lugar donde vivían algunos familiares de su madre. Podría esperarse que ellos lo acogieran, pero parece que no hicieron mucho por él.

Lutero contaba una historia pintoresca que experimentó en ese lugar, relacionada con uno de sus maestros (un hombre llamado Tribonio). Cuando él entraba en su salón de clases cada mañana, tenía el hábito de descubrir su cabeza en presencia de, según él, futuros políticos, cancilleres, doctores y cónsules.

En esa ciudad fue donde Martín conoció a la adinerada y culta familia de Conrad Cotta. Úrsula, la esposa de Conrad, iba a la misma iglesia que Lutero y su mirada a menudo era atraída por el muchacho, el cual tenía una voz dulce y una expresión seria. Ella fue muy bondadosa con él y con el paso del tiempo lo recibió en su gran casa en la Plaza de San Jorge. En aquel hogar refinado y feliz floreció la personalidad del reformador. Su amor por la música halló su total expresión cuando la familia se reunía a cantar y él los acompañaba con su laúd. La bondad que le mostraron al abrirle su hogar y los muchos ejemplos que vio del amor práctico y la ayuda que brindaban a los menos privilegiados, puede haber puesto el fundamento para que Lutero manifestara su propia generosidad durante su vida adulta. Al recordar a la señora Cotta en los años siguientes, Martín dijo: “No hay nada más dulce sobre la tierra que el corazón de una mujer buena y piadosa”. No es de sorprender que amara tanto a Eisenach, la cual recordaba como “mi querida Eisenach”. Él vivió en aquella ciudad por más de tres años.

En 1501, cuando tenía diecisiete años de edad, asistió a la Universidad de Erfurt donde se destacó como un alumno brillante. Allí fue donde por primera vez tuvo en sus manos una Biblia, era la Biblia de la biblioteca universitaria. “Tenía veinte años cuando conocí por primera vez una Biblia y no sabía que había otros evangelios o epístolas además de las que se leían en los servicios eclesiásticos”. Lutero la abrió en el relato de la vida de Samuel y se sintió maravillado. De inmediato empezó a ir a la biblioteca con regularidad y volvía una y otra vez para devorarse sus páginas.

Él se deleitaba en el estudio y en todas las actividades de la vida estudiantil. Tenía un grupo de amigos que lo seguían y con los que pasaba veladas muy divertidas hablando sin

cesar (como hacen los jóvenes), bromeando, cantando y tocando sus instrumentos musicales. Sin embargo, debajo de toda aquella exuberancia existía una tristeza y desesperanza que casi rayaba en la depresión. Lutero tenía un fuerte conflicto en su mente.

Se graduó y obtuvo la licenciatura en 1503, y en 1505 obtuvo la Maestría para deleite de su padre, quien al llegar a casa mostró su complacencia al empezar a dirigirse a él con un respetuoso *ihr* (usted) en vez del vocablo más familiar *du* (tú), como era la costumbre en el seno de la familia. Hans y Margaret estaban viendo el fruto de tantos años de auto-negación y pobreza. Martín era el orgullo de la familia y debía seguir estudiando leyes, pues era el camino para alcanzar los puestos más altos del Estado. Hans incluso tenía un par de propuestas de matrimonio muy buenas para su hijo. Las perspectivas eran brillantes. Martín lograría hacerse de un buen nombre.

Pero un día de extremo calor en que el joven se iba acercando a Stotternheim, en su viaje de regreso a Erfurt, sucedió algo asombroso. El clima estaba en concordancia con su espíritu, estaba soleado y brillante, pero la presencia de nubarrones amenazaba con cambiarlo todo. Entonces llegó la tormenta. Le cayó un rayo del cielo que lo noqueó y lo lanzó contra el suelo.

Un trueno abrió los cielos como si estos fueran a caer sobre él. ¡Pensó que su vida estaba por acabar! Clamó con fervor: “¡Santa Ana, ayúdame, me convertiré en un monje!”.

La tormenta pasó y con ella el terror de Martín; sin embargo, no podía quitarse el recuerdo de ese voto que sa-

lió de él en medio “del terror y la angustia de la muerte” y del cual se arrepintió de inmediato. Pero siguió sintiendo la misma compulsión. Cuando por fin tomó la decisión, también tomó acción. Al llegar a Erfurt, no perdió tiempo e invitó a sus amigos a una fiesta que se convertiría en su despedida. No fue sino hasta que la fiesta estaba en su mejor momento que él les dio la noticia de que al siguiente día iba a entrar al claustro. Y efectivamente, al otro día se presentó a las puertas del monasterio Agustino de Erfurt. Solo después le escribió a su padre para decirle que se convertiría en un monje.

¿Qué fue lo que le hizo tomar esa decisión, aparentemente tan repentina, que lo forzó a dejar su propia voluntad en aquel caluroso día marcado con el 2 de julio?

Santa Ana era la santa de los mineros y desde su infancia él la había conocido. En muchas ocasiones debe haber escuchado cuando las personas hacían ruegos a ella. Pero, ¿por qué convertirse en monje?

La respuesta corta es que Martín estaba preocupado por su situación delante de Dios. Sus estados de ánimo intermitentes de melancolía nos dan una pista. Él dijo en una ocasión que fue el régimen áspero bajo el cual creció lo que lo llevó a tomar los hábitos de monje (*mönkerei*); pero no fue el monasterio como tal, sino su estado mental y emocional el que lo llevó al claustro. Se dio cuenta de que no podía vivir a la altura de lo que conocía. En su hogar se le había impuesto una obediencia estricta. En la escuela aprendió los 10 mandamientos y además aprendió con detalle las ceremonias que se realizaban en la iglesia. Sería sorprendente si un joven con su sensibilidad e inteligencia no comprendiera que los mandamientos incluían los pensamientos y las motivaciones, así como las acciones. A él

no solo lo atormentaba la realidad de no poder cumplirlos, sino que le era imposible saber si había hecho lo suficiente para pagar por la más insignificante de sus transgresiones.

Lutero estaba muy consciente de su pecaminosidad, no porque su comportamiento fuera peor que el de sus contemporáneos (no hay indicios de ello), sino porque sabía que se quedaba corto en todos sus intentos de encontrar paz y seguridad. La enfermedad y muerte de uno de sus amigos le ayudó a centrar sus pensamientos. Él no estaba preparado para ir al cielo. La única manera de salvar su alma, como todos creían en aquel entonces, era tomar los hábitos religiosos.

Él no quería hacerlo. ¡Si tan solo hubiera otra manera! No obstante, no podía quitarse de la mente esos pensamientos de muerte y juicio. Así que no podía ser totalmente feliz fuera del claustro, ni podía pensar en una vida de placer dentro de él. ¿Qué pasaría con la reacción de su padre? ¿Su ira? ¿Su profundo dolor y desilusión? Su misma indecisión y la anticipada reprobación de su padre golpeaban contra su conciencia. La presión era tremenda. Por eso cuando los cielos rugieron terminó su lucha; él probablemente lo interpretó como su última advertencia.

Su padre estaba furioso. ¡¿Un monje?! ¡Y sin avisarle! Hans tenía muy mala opinión de los monjes. No se trataba solamente de que no contaban con un estatus social alto, sino que muchos de ellos vivían vidas inmorales e incorrectas. Además, Martín no era apto para esa vida. Le escribió una carta llena de ira. Si él insistía en su desobediencia abierta, podía considerar que ya no era parte de la familia. Y, por supuesto, ¡ya no era *ihr!* “Mi padre por poco se vuelve loco por la noticia”, dijo alguna vez el reformador. No mucho tiempo después, dos de los hermanos de Martín murieron

como consecuencia de la plaga y algunos amigos le sugirieron al perturbado padre que quizá debería entregar a su querido hijo mayor a Dios. Así que Hans consintió a regañadientes y con gran dolor en el corazón. Martín sabía en lo profundo de su ser que "él no lo hizo de buena gana".